

El Coleccionista

Victoria Meza



Image not found.

Capítulo 1

CAPÍTULO I

Por mera costumbre, yo esperaba que mi día fuera relativamente normal. Ir a la universidad, luego a la práctica de danza, de ahí gastaba una hora por la ciudad y para más regresar a mi hogar a estudiar y descansar, y así repetir la rutina el día siguiente. Que a mi parecer no estaba al.

El día transcurrió normalmente, sin complicaciones o anomalías, ninguna "señal cósmica", como lo llama mi madre, me advertiría sobre lo que estaba a punto de pasar. Ninguna señal me prepararía para lo que por supuesto me cambió la vida.

Ya atardecía en Nueva York, desde los apartamentos en Boerum Hill se podía apreciar el atardecer. La suave luz del mismo, le daba un aspecto casi hogareño a la metrópolis (Lo cual se puede considerar un milagro), que siempre tiene un aire frío y preciso, como el tic—tac del reloj en mi cocina. Los débiles rayos de sol restantes desaparecían, dándole un aspecto algo gótico a todo lo que a su luz llegara.

Al oscurecer por completo, la puerta del departamento se abre y mi madre aparece por esta. Me dirigí al umbral de la puerta, y así poder ayudarla con las bolsas en sus manos. Me sonrió. Las bolsas contenían las compras del supermercado y, por lo visto, no tenía muchas ganas de cocinar porque trajo una pizza.

—¿Qué tal tu día, Gwen? —me pregunta mientras deja las bolsas restantes sobre el mesón de madera. Al sonreír, las arrugas alrededor de sus ojos verdes se realzan, otorgándole muchos más años de los que tiene.

Mi madre me apoyó cuando le conté sobre mi deseo de estudiar en danzas Nueva York, quien se negó fue mi padre, pero esa es otra historia. Todo ese largo proceso de mudanza, conseguir la beca y demás altibajos fue una odisea que contaré más adelante.

—Me fue bien, como siempre —repuse mientras abría la caja de pizza—. Aunque hoy en danza clásica pise mal y me lastimé un poco el tobillo, no fue la gran cosa—comenté, tratando de restarle importancia, al ver la expresión de preocupación en el rostro de mi madre.

—Ah, ¿Segura que estas bien? Porque puedo llevarte al hospital a que te chequeen. La tía Mary tiene turno hoy, ella misma podría atenderte. No creo que se niegue.

Mi madre, Helen, intentaba convencerme para ir al hospital, pero según yo no lo necesitaba, solo era algo que con crema fría se me pasaría. La tía Mary, trabajaba en el área de Emergencias en un hospital en el área de Manhattan, de seguro tenía casos más importantes que atender. Aún así, siguió insistiendo. Al final, desistió y se quedó tranquila, no sin antes echarme una buena cantidad de crema.

—¿Viste alguna señal cósmica hoy, querida? Hoy vi unas cuantas...

—No, mamá, sabes que no creo en eso.

Mi madre pareció ofendida. Se llevó una mano a su pecho y abrió en par los ojos.

— Lo de tu pie pudo significar algo. Puede que en mi libro "Señales cósmicas en el día a día" diga algo. ¿Sabes dónde lo dejé, cariño?

Yo solo negué con la cabeza.

Dentro del apartamento me sentía un poco asfixiada, convencí a duras penas a mi madre de que nada me pasaría si salía y tomaba algo de aire. De vez en cuando ambas necesitábamos un respiro.

Ese día se cumplían 3 años desde que me mudé a la fría ciudad neoyorkina. Al llegar me sentía alegre y perdida, una parte de mi se había quedado en el sur, con el resto de mi familia, pero otra estaba segura de que este era su lugar. Sé que fue una decisión difícil, pero no había cosa hasta ese momento que me hiciera más feliz que cumplir mi sueño de ser bailarina.

A unas 2 o 3 cuadras del apartamento se encuentra un parque con el tamaño suficiente para caminar un buen rato y pensar. Por lo general, el área estaba repleta de niños correteándose y jugando, en fin siendo niños; pero debido a la hora sólo un par de jóvenes parejas estaban a la vista, muy alejados del lugar donde quería estar. Al noroeste del parque, escondido entre arbustos y muchas flores se encontraba un pequeño lago lleno de nenúfares. Estar en ese lugar me relajaba bastante, como si pudiese hacer lo que deseara.

Entre divagues el tiempo pasó volando, no noté que ya eran las 7:30. En esa temporada del año, oscurecía muy rápido. Si no volvía en ese instante, mi madre estaría hecha un manojo de nervios. Lástima que no pude evitarlo.

Ya era tarde cuando sentí dos brazos sobre mí, aprisionándome. Por un segundo me quedé congelada ahí, intentando comprender lo que sucedía mientras el hombre a mi espalda no me soltaba. Cuando caí en cuenta de la situación y que dos hombres más se acercaban a mí, fue cuando di

patadas y manotazos a diestra y siniestra. Los tipos que se acercaban, median casi como dos metros, eran corpulentos y de mirada siniestra, tenían ese aspecto que tienen los guardaespaldas de artistas de Hollywood. Unos matones de primera.

Con mi cabeza golpeé a quien me sostenía, y con mi rodilla que fue directo a su entrepierna, me soltó por completo. Comencé a correr como alma que persigue el diablo, por lo que casi olvido mi tobillo malo. Mientras el sujeto que pateé se revolcaba en el piso, los otros dos fueron en mi captura. Mi mente estaba algo confusa, ¿Si querían robarme, porque fueron los 3 juntos si era obvio que uno solo podía conmigo? De todas formas, no iba a reparar en ello.

Gracias a mis años como bailarina, mi agilidad era mayor a la de ellos. Pude dejar a los tipos relativamente atrás, pero yo sabía que no iba a ser suficiente. El tercer tipo ya se había unido a sus compañeros, siguiéndome. Sus grandes cuerpos les impedían ir al mismo ritmo que yo, aunque si me capturaban estaría en grandes problemas. No había duda de ello.

Ya estaba casi en la salida del parque, si me apresuraba podía perderlos en la calle siguiente e ir por unos callejones para tomar atajos al departamento. Mis piernas ya comenzaban a flaquear, mi abdomen dolía, mi pecho se encontraba en un violento vaivén y mi tobillo rogaba que parara. El hecho de ser bailarina me hacia algo resistente, pero no lo suficiente. Tropecé. Una estúpida rama me hizo caer. Genial.

Apoyé mis manos al suelo, consiguiendo levantarme del suelo y "lista" para correr. Muy tarde. Ya me tenían rodeada. Uno de los tipos me toma, envolviéndome en una especie de abrazo asfixiante. Los otros dos me evaluaban con la mirada, no de forma lasciva, sino como si fuera un ratón que puede escapar de su trampa.

Uno de los hombres saco una hoja de papel de su bolsillo. La desdobló y se a mostró a su compañero. Este me dirigió una mirada y asintió, mientras yo trataba en vano de dar codazos, quedándome sin energías en cada movimiento. Volteó la hoja de tal forma que yo pudiese ver su contenido. Era una foto mía y parecía tener una leyenda con mi información. Un escalofrío me recorrió la espalda. Esto no era un robo, era algo mucho más oscuro y no podía escapar.

—¿Qué es lo que... quieren? —exigí, pero mi voz sonaba débil por la falta de aire—. ¿Mi teléfono, dinero? Se los daré, sólo suéltense.

Soltaron unas risas, yo me mostré incrédula.

—No queremos nada tuyo —repuso, y en voz sombría agregó—: te

queremos a ti.

Iba a replicar, pero el abrazo se volvió más fuerte llevando el resto de mis fuerzas al caño. Antes de que pudiese hacer otra cosa colocaron sobre mi boca y nariz un pañuelo blanco. Si algo he aprendido con CSI en todas sus presentaciones y temporadas es que a) el villano nunca es quien tú crees y b) si te colocan un pañuelo en tu cara, no respires.

Aguanté la respiración tanto como pude, él trató de hacerme respirar sea lo que fuese lo que contuviese el pañuelo. Mi cuerpo rogaba por oxígeno, la falta del mismo me quemaba los pulmones a un punto insostenible. No aguante mucho más. Abrí la boca y tomé algo de aire, que mis pulmones agradecieron. No pasó mucho cuando me arrepentí.

La droga empezó a hacer efecto en mí, lo supe de inmediato. Mis parpados pesaban y mi respiración se hizo lenta y pesada. Tenía sueño. Todo mí alrededor daba vueltas. Escuche un "Dulces sueños, Gwen" seguido de unas risas. Mis ojos picaban, pero no tuve oportunidad de llorar o hacer algo más.

A mi mente llegaron imágenes de mi madre. Con todo el dolor de mi alma la imaginé llorando por mí. A mi padre preocupado, y mi hermana tratando de consolarlo.

—Serán... Idiotas —murmuré antes de entregarme a una completa oscuridad.

~~~~~

-Vamz

## Capítulo 2

### **Capítulo II**

Todo estaba en silencio para cuando abrí los ojos.

Mi cerebro no registraba más que dolor al despertar. La sensación de que en mis venas no corría sangre, sino algo como el mercurio recorriendo mi cuerpo lentamente me mareaba. El cuerpo me pesaba, sintiéndome incapaz de mover algún miembro. Presentaba una fuerte migraña, al tiempo que me martilleaba la sien en un repiqueteo constante. Mi respiración era lenta y dolorosa.

Debido a mi aturdimiento y un vago intento de chequeo general , no había notado dónde y cómo me encontraba. Entré en pánico casi de inmediato. ¿Entonces todo aquello de los hombres persiguiéndome, pasó? Me pregunté en silencio. Mi migraña aumentó.

¿Dónde estaba?

Aún me lo pregunto.

Masajeando mi cabeza con la palma de mi mano visualicé mí alrededor. Me encontraba en una habitación pequeña, completamente blanca, tanto el piso como las paredes y el techo, desprovista de mobiliario a excepción de una silla de madera en el centro. Iluminada por una lámpara de techo simple y algo cegadora. La luz me lastimaba los ojos y el color de la habitación no ayudaba. Tanta blancura junta provocaba en mí un sentimiento algo claustrofóbico.

Permanecí inmóvil en una esquina de la habitación, exceptuando el único movimiento en vaivén de mi pecho, debido a mi lenta respiración. Me eché un vistazo. Mis piernas y brazos no parecían tener moretones, solo unos cuantos rasguños, posiblemente por mi caída. Lo único que parecía estar realmente mal era mi tobillo, el cual estaba vendado. Intenté moverlo y dolió. Un grito ahogado se asomó por mi garganta sin permiso.

No sé exactamente cuantos minutos u horas pasaron desde que me desperté, la migraña no me dejaba pensar con claridad, pero se escuchaban pasos y puedo jurar que escuché mi nombre. Ignorando aquello, todo era silencio, siendo esta interrumpida de a ratos por mi respiración dificultosa. El recuerdo es borroso, no obstante recuerdo el vacío en mi interior que me hacía sentir como una muerta en vida.

La habitación daba la sensación de que no tenía puerta, pero estaba equivocada. Lo que parecía ser una puerta secreta se abrió. Por ella

entraron tres hombres: uno de ellos rubio y de aspecto profesional, otro que reconocí como uno de los enormes tipos que me atacaron en el parque... Y él, un hombre de mirada penetrante y vestido de traje.

Me dije a mi misma que mantuviera la calma, intentando convencerme de que eso era posible.

Quise llorar. Mis ojos picaban, ¿De la rabia, tristeza...? No lo sé. No me importaba, no lloraría, no en ese momento. Los tres hombres me seguían mirando cual bicho en la vitrina de algún museo. Unos cuantos minutos de silencio abrumador hicieron presencia, hasta que decidí romperlo.

—¿Quiénes son? —pregunté con voz rota. Mi garganta estaba seca y ardía. Tosí unas cuantas veces.

—Señor —no se dirigía a mí, su voz era grave y rasposa—, ya tenemos a la chica ¿Ahora qué?

—Su pago —respondió como si fuese lo más obvio. Su voz tenía un pequeño dejo de acento que no logré identificar—. Usted y sus compañeros hicieron un buen trabajo, como siempre. Está algo lastimada, pero no es nada que algo de medicina no pueda arreglar ¡Una más a mi colección!

Sus ojos verdes centellearon emocionados cual niño pequeño al darle una paleta.

¿Qué dijo? ¿Colección? Cada vez me confundía más y más.

—En la habitación siguiente, se encuentra el Dr. Fitz. Él le entregara el pago correspondiente por el encargo realizado. Mañana nosotros hablaremos del siguiente trabajo, Owens. Cualquier cosa, manténgase en contacto.

¿Pago? ¡De qué demonios habla!

Caí en cuenta de que no era un secuestro casual, todo fue planeado y que quizás no tenía oportunidad de salir ilesa. Mierda.

El tal Owens (acompañado por el otro tipo) salió de la habitación después de asentir, dejándome sola con aquel hombre. Tosí involuntariamente, producto de mi garganta seca; para mi mala fortuna, el hombre de ojos verdes giró su vista a mi dirección. Una sonrisa socarrona se dibujó en sus finos labios.

—Por fin nos encontramos nuevamente, Gwen. Es un gusto verte después de tanto tiempo.

¿Nuevamente? Me pregunté cómo sabía mi nombre y qué significaba todo aquello que decía. Mis labios temblaban, una señal de lo asustada nerviosa que me encontraba. Ya no podía mantenerme tranquila, mi mente trabajaba rápido intentando encontrar una solución y una respuesta coherente a toda esta situación, fallando en el intento. Cada pensamiento y acción era una prueba de lo incongruente que me sentía.

—No estés asustada, no te haré ningún daño. Palabra de Chris Middlenton. Tu cuerpo no será dañado, ¡Qué lástima si eso pasará! —su voz era gruesa, sí, no como la del tal Owens. Al contrario, si esta fuera otra circunstancia casi resultaría embelesadora, en cambio sólo me provocaba pavor.

Maldita sea no poder controlar mis emociones.

¿Cómo se atrevía a decir eso? Casi irónicamente me llené de coraje, intenté levantarme poco a poco para terminar desplomándome. Me dolió todo mi cuerpo, era como si hubiera bailado y no realizase estiramientos antes. Para quienes no saben, genera muchas molestias.

El rostro de Chris adoptó una expresión de genuina preocupación. Se acercó en mi dirección, tomándome por los brazos suavemente, justo antes de caer, y ayudándome a levantarme. Me zafé fácilmente de su agarre, con una mueca de asco pintada en mi rostro.

—¡No me toques!

Él suspiró fastidiado, como si estuviera acostumbrado a la reacción. Tomó un poco de aire y abrió la boca para así hablar.

—Entiendo que estés asustada o nerviosa, ya te lo he dicho: no te haré daño. Cuando despiertes te lo explicaré todo en la cena. Ahora, ¡Bienvenida a mi colección!

— ¿Despierte? ¿Q-qué quieres decir? —mi voz tembló, no era lo que me esperaba. Un dolor agudo se hizo presente en mi brazo, una jeringa vacía se encontraba a mi lado en el suelo—. ¿Qué me inyectas...? —la pregunta quedó al aire. Ya estaba adormecida por la droga.

\*\*\*

Esta vez, al despertar no sentí mi cuerpo adolorido.

Esta vez, mi cuerpo no se sentía como si en vez de sangre, tuviera plomo o cemento. Esta vez mi tobillo estaba mejor vendado, pero sobre todo: esta vez me encontré en un lugar diferente.



Por unos escasos segundos, juraba que todo había sido un sueño, que cuando despertara me encontraría con la madrugada fría de Nueva York, mientras me preparaba para ir a la universidad. Al tiempo que me llegaba el olor del desayuno recién hecho de mi madre en la cocina. Lástima que todo fuese real.

Presente ante un gran estado de confusión los primeros minutos luego de despertar, pude pensar. Tantas teorías pasaban por mi cabeza. ¿Acaso me drogaron o bebí demasiado, que se aprovecharon de mí y ahora estoy en un lugar desconocido? Y poco a poco, las imágenes de lo sucedido atestaron por completo mi mente. El parque, los matones gigantes, el escape, mi secuestro, despertar, Chris...

Me dije a mi misma, que debía mantener la calma, de nuevo. Queriendo lograrlo esta vez.

Examiné mi cuerpo rápidamente, en busca de posibles moretones u alguna otra anomalía. El único dolor del que pude percatarme fue al mover mi tobillo vendado. Estaba preparada para chillar de la aflicción, más para mi sorpresa no fue muy notorio.

Al despertarme creí por una milésima de segundo que estaba en una habitación de hotel barato. Por supuesto, me sentí mucho más confundida. Observé con detenimiento las paredes blancas inmaculadas, sin decoración alguna a la vista. La cama en la cual me encontraba era una individual de sabanas azules, situada a una esquina del cuarto, una pequeña puerta semitransparente que al parecer daba a un baño... Y una puerta de metal con una sola rejilla, de esas que puedes ver en películas de películas con temática de manicomio.

Sentí náuseas con el lugar.

Cerré mis ojos con fuerza, dejando caer mis barreras y que los miedos se adueñaran de mí, permitiéndome llorar. Me abrazaba fuertemente las piernas, escondiendo mi cara entre mis rodillas, tratando de ahogar mis sollozos. Si fuese posible ya me hubiera quedado sin lágrimas.

De forma inconsciente pensé en mi madre y el resto de mi familia. ¿Cuánto habrá pasado desde aquella tarde? ¿Cuándo se enteró? ¿Qué habrá pensado? No pensaba en escapar, no pensaba nada más que en conseguir respuestas. Cada pregunta formulada se convertía de inmediato en una interrogante sin respuesta.

No sé con exactitud cuánto tiempo me quedé llorando recostada en la cama, pero al terminar de llorar y tener debates mentales decidí que debía explorar el lugar. Con dificultad intenté levantarme de la cama, usando ambos brazos como apoyo, me encargué de no aplicar todo mi peso sobre mi tobillo, el cual después de un rato dolía menos. Di unos

cuantos pasos alejándome de la esquina yendo en dirección a lo que parecía un baño.

El cuarto de baño no era ni muy grande, ni muy pequeño, de cerámica azul en el piso y blanca en las paredes, iluminada por una lámpara elegante y pequeña, un lavabo de porcelana con su respectivo espejo y un inodoro del mismo material. ¿Qué rayos pasaba? ¿Por qué tendría todo esto si se supone que estoy cautiva?

¡Más migraña, dolor de cabeza y confusión para mí!

Me dirigí hasta el lavabo de porcelana, giré una de las manillas en un solo movimiento, sorprendiéndome al notar que podía regular la temperatura del agua. Me lavé el rostro con rapidez, restregando mi cara con ambas manos, haciendo que desapareciera cualquier rastro de sueño en mi cuerpo. Di un respingo al ver mi cara en el espejo: mi tez se veía mucho más pálida de lo usual; mi cabello negro estaba un poco enredado y grasoso; mis ojos estaban hinchados y rojos, seguramente por llorar tanto, además de eso mi rostro no presentaba ninguna otra anomalía.

Estaba asustada.

Miré con nerviosismo todo el baño, buscando algún indicio de porque me encontraba ahí, y más importante: ¿Dónde estaba? Quizás no era el momento apropiado, pero mi mente reparó en que podría haber una cámara escondida en algún lugar de la habitación. No debería ver tanta televisión, gracias, Law & Order: Special Victims Unit.

—¡Hey! ¡Hola! ¡Alguien! —exclamé, apretando los puños—. Sea quien seas es mejor que me liberes... N-no sabes en lo que te estás metiendo. ¡Déjame salir, degenerado!

Totalmente enojada comencé a patallar y darle puños a la nada, llorando de frustración e impotencia. Sin importarme mucho el dolor en su tobillo o como podría estar luciendo, me apoyé en la pared de cerámica, dejándome resbalar por esta cayendo de culo en el suelo.

—¡Maldición!

Es posible que mis sollozos y lloriqueos no me permitieran escuchar cuando la puerta metálica se abrió, no me había percatado en qué momento alguien había dejado una bandeja sobre el catre de la habitación, resaltando sobre las sabanas azul rey. Mis sentidos básicos se pusieron en alerta, no tenía nada con que defenderme, pero aún así caminé lentamente hasta la entrada del baño, con los puños cerrados en posición de ataque. Con el corazón latiendo a mil me incliné lo suficiente como para ver la puerta metálica. Todo pareció detenerse cuando logré

identificar a la figura que reposaba en el marco de la puerta.

Una sonrisa ladeada se hizo a relucir en su rostro. Me dio aún más asco.

Todo intento de escape habría resultado infructuoso, estoy segura, pero como dice mi madre: «La estupidez humana no tiene límite alguno»... Me abalancé hacia él cual fiera rabiosa, lanzando puñetazos a diestra y siniestra no sin antes intentar dar una patada en su ingle. Me reí internamente por mi patético esfuerzo. No le hice ni un rasguño, ya me tenía aprisionada entre sus brazos cuando estuve lo suficientemente cerca. La puerta a su espalda se cerró en un fuerte estruendo, dejando en silencio la habitación, exceptuando su fuerte respiración. Sus orbes verdes me miraban fijamente sin emoción alguna, como si pudiera ver a través de mí. Me sentí desnuda por unos segundos, completamente inmovilizada.

Con la garganta seca y con el corazón saliéndose de mi pecho, musité:

—¿Quién eres?

Él no respondió de inmediato. Sus fríos ojos se hicieron más oscuros, soltándome con lentitud y sumo cuidado, dando algunos pasos hacia atrás. Mis manos temblaban. Un segundo, dos segundos, tres segundos... Luego de lo que pareció una eternidad él tomó una gran bocanada de aire, y murmuró:

—Mi nombre es Chris Middlenton y soy El Coleccionista.